San Gerardo Mayela y la Vida Religiosa

1. **Cronología Gerardiana**

1726 06 abril Nacimiento en Muro Lucano, sur de Italia.

1740 05 junio Recibe el sacramento de la Confirmación.

1749 13 abril Se inicia la misión redentorista en Muro.

1749 17 mayo Llega a la comunidad de Deliceto como aspirante.

1752 10 abril Fallece la madre de Gerado.

1752 16 julio Hace votos de pobreza, castidad y obediencia.

1754 mayo Calumnia de Nerea Caggiano.

1754 julio Reconocida su inocencia, es enviado a Nápoles.

1754 01 nov. Es destinado al santuario de Materdómini.

1755 16 octubre Al amanecer, muere en Materdómini.

1893 29 enero Beatificado por el Papa León XIII.

1904 11 dic. Canonizado por el Papa san Pío X.

2. **«Me voy con los misioneros»**

A raíz de la muerte del papá, el joven Gerardo debe aprender un oficio y dedicarse a trabajar. Se coloca como aprendiz del sastre Pannuto, en Muro. Después pasa al servicio de monseñor Claudio Albini, obispo de Lacedonia. Gerardo, sin embargo, no está satisfecho; siente la llamada a una dedicación total al servicio de Dios. Busca hacerse religioso entre los capuchinos, pero es rechazado debido a su frágil constitución física. Regresa al oficio de la sastrería, mas no se da por vencido y espera la hora de Dios. Esta llega en la Pascua de 1749, cuando los redentoristas vienen a Muro para predicar una misión.

Gerardo ya tiene 23 años. Su madre y sus dos hermanas dependen en cierto modo de él y de su trabajo. Entre tanto, Gerardo asiste con vivo interés a todas las predicaciones de la misión y se confirma en su deseo de hacer parte de aquella congregación, en calidad de religioso laico (hermano coadjutor). Las mujeres de casa, conociendo su cercanía con los misioneros, lo encierran bajo llave y se van a la clausura de la misión. Al regresar del templo encuentran la ventana de la habitación de Gerardo de par en par, las sábanas amarradas y descolgadas sobre el balcón, y un mensaje: «Me voy con los misioneros». (Nota: En biografías posteriores de Gerardo se dirá que lo que dejó escrito fue: «Voy a hacerme santo»).

Entre tanto, Gerardo corre tras los misioneros que se dirigen a una población vecina. Al verlo, tratan en vano de hacerlo devolver, y se ven forzados a aceptarlo en plan de prueba. Es enviado a Deliceto, un convento en la zona montañosa del sur de Italia. Allí llega Gerardo el 17 de mayo de 1749. Tres años más tarde emite sus votos religiosos. Y muere tres años después con gran fama de santidad.

A pesar de no haber salido de sus tierras, Gerardo Mayela suscita una devoción muy grande y envolvente, que supera pronto los límites de su patria. Su nombre recorre el área que comprende desde Muro Lucano hasta Caposele, Conza, Lacedonia, para entrar en la región de Foggia y de Bari. Después de su muerte, su memoria se extiende por todo el sur de Italia y, desde finales del siglo XIX, cruza el océano Atlántico con los emigrantes italianos en América.

3. **«Me he desposado con María Santísima»**

«Gerardo, ¿por qué no te casas?», le preguntan los vecinos de Muro viéndolo como despreocupado, más interesado en ir de capilla en capilla que en terminar los encargos de la sastrería. Pero él responde: «¡Me casé con la Virgen!» Pocos asocian esta respuesta con lo que había pasado en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Al iniciar la procesión, allí estaba Gerardo en primera fila, absorto en la contemplación de la imagen. De repente, lo vieron adelantarse, quitarse un anillo y colocarlo en el dedo de la imagen, gritando: «Me he desposado con María Santísima». Con este hecho, que parece una locura de adolescente, Gerardo se ha comprometido para siempre con la Madre de Dios.

Estando en Deliceto, un día el padre Cáfaro lo manda que acompañe hasta Ciorani a dos jóvenes aspirantes redentoristas. A mitad de camino, pasan la noche en la hospedería de Ponterola. La cena es servida por una joven, acostumbrada a tratar pasajeros vulgares y ahora atraída por los modales de Gerardo. A la mañana siguiente, cuando está pagando la cuenta, ella se las ingenia para confesarle su amor a primera vista. Gerardo, entre asustado y divertido, le responde con una sonrisa: «Qué lástima, pero estoy casado hace tiempo con una mujer muy hermosa». Y antes de que la muchacha reaccione, añade: «Me he desposado con la Virgen». Así prosigue su marcha.

4. **Afectividad sin escrúpulos**

Habría que volver a su familia, y a las tres mujeres de casa, para entender algo del tierno amor de Gerardo a la santísima Virgen, a la que llama "Mamá María", y algo de la pureza de corazón y de intención con que mira y trata a las demás mujeres, sean jóvenes o ancianas, feas o bonitas, sanas o enfermas, seglares o religiosas.

Su libertad y espontaneidad para tratar las cosas de pureza y de afectividad es especial, tanto que llama la atención de sus interlocutores. Cuenta su primer biógrafo y director espiritual: “Tenía la gracia especial de Dios de verse libre de tentaciones contra la pureza. Más aún, ni sabía de qué se trataba y andaba por todas partes con los ojos libres. Viéndolo así, un día lo llamé aparte para decirle: ‘¿Por qué anda sin modestia de la vista, en lugar de llevar los ojos bajos?’ Me respondió: ‘Y ¿por qué los debo llevar así?’ Conociendo su simplicidad y para no infundirle malicia, le dije: ‘Porque así lo quiero yo’. Desde aquel día dejó de alzar los ojos, no tanto por temor a tentaciones sino por obediencia”.

Era todo lo contrario de la ‘misoginia’ que se suele atribuir a muchos santos, incluidos san Alfonso y san Luis Gonzaga. Gerardo, en cambio, podía escribir a una joven religiosa: «No se maraville de que le escriba con tanto afecto, porque somos en verdad hermano y hermana en el Señor y siempre hemos de amarnos puramente en Dios». El adverbio ‘puramente’, subrayado por el mismo Gerardo, habla bien de la manera como vivía la afectividad.

De Domingo Blasucci, religioso redentorista, huérfano de padre a los tres años, se dice que «no miraba nunca al rostro de la mamá y mucho menos de sus [6] hermanas o de otras mujeres». Cuenta un compañero que «volviendo un día de un paseo, sin darse cuenta tropezó con la silueta de una mujer e inmediatamente exclamó dos o tres veces: ¡Jesús y María!, como para alejar el peligroso fantasma». Gerardo, que es de la misma edad, de la misma región y de igual origen social, se había propuesto: «Cuantas veces vea una mujer honraré a la Virgen con un avemaría». No se trata de rezar para evitar las tentaciones, sino de unirse a María para alabar a Dios por la feminidad.

5. **Promotor de vocaciones**

Desde el momento de su profesión religiosa y con las primeras excursiones misioneras inicia Gerardo uno de sus apostolados favoritos: la promoción de vocaciones para la vida religiosa femenina. En ese entonces, la vida de las jóvenes de las zonas rurales era sumamente dura y sin oportunidades; normalmente, eran obligadas a casarse por algún interés monetario de la familia. Incluso, para entrar en el convento (de vida claustral o contemplativa), es indispensable contribuir con una dote, pues ese es el ingreso económico principal de los monasterios. Gerardo busca vocaciones, dialoga con las familias y les hace entender la grandeza de la vocación religiosa, ayuda a ubicar las jóvenes en algún monasterio conocido y gestiona los bienhechores que puedan juntar lo concerniente a la dote.

Esto lo lleva a hacerse amigo y guía espiritual de las carmelitas de Ripacándida, de las benedictinas de Corato y de Atella, de las redentoristas de Foggia. Pero conviene recordar que la Regla primitiva de los redentoristas prohíbe dedicarse a la dirección espiritual de religiosas. Por lo visto, “Gerardo pasa desapercibido”.

El año 1754 es un período de grandes pruebas interiores para Gerardo: sin consuelos de parte de su amigo Jesús, y solo, en la amargura de su propia insignificancia. Todo comienza porque una joven de Lacedonia, Nerea Caggiano, a quien Gerardo había ayudado a ingresar a la vida religiosa, decide retirarse del convento con gran escándalo para su familia. Se siente humillada y, para descargar la culpa sobre otro, inventa una trama de amor entre Gerardo y una joven novicia, hija de un amigo de Lacedonia. Nerea habla con su confesor y juntos escriben al superior mayor de los redentoristas, el padre Alfonso de Liguori.

Gerardo es llamado inmediatamente ante su superior. Se le informa del contenido de las dos cartas y se le pide una aclaración. Ante la calumnia, Gerardo no encuentra otra respuesta que el silencio. El superior hubiera podido expulsarlo inmediatamente, ante la gravedad y seriedad de la acusa, pero no da del todo crédito a lo que se dice; se limita a prohibirle a Gerardo todo contacto con la gente de fuera y lo priva de la santa comunión. Esto sí que era peor que la misma calumnia. ¿Cómo haría ahora sin su Jesús? Responde a la sentencia con una venia y se retira al silencio de su cruz. «El Señor no quiere venir a mí porque soy indigno. ¡Ha querido castigar mi poco amor!».

Son bien indicativas de su estado interior las cartas enviadas a la Madre María de Jesús a lo largo del año 1754. En una de ellas dice: «¡Yo he descendido de tal manera que creo que ya no tengo salida! Y pienso que mis penas han de ser eternas. Pero no me preocuparía que fueran eternas: ¡basta el que yo amara a Dios y en todo le diera gusto! Esta es mi pena: creo padecer, abandonado de Dios. Madre mía, si no me ayuda tendré más problemas. Porque me veo totalmente abatido y en un mar de confusión: casi cercano a la desesperación. ¡Pienso que Dios para mí ya no existe y que su infinita misericordia se ha agotado para mí. ¡Sobre mí sólo ha quedado su justicia! ¡Observe y mire en qué miserable estado me encuentro!»

Tampoco faltan las anécdotas de este período. Un día un padre lo invita a servirle de acólito durante la misa. «No me tiente, murmura Gerardo, porque le arrebataría la hostia de la mano».

Mientras tanto la joven Nerea, que no había medido la gravedad de sus palabras, es víctima de sus remordimientos. Vuelve al confesor y le cuenta toda la verdad. Había que rectificar inmediatamente la declaración precedente. Cuando esta aclaración llega a manos del superior, éste hace venir al acusado y le dice: «Hermano, ¿por qué ha callado todo este tiempo?». Con toda tranquilidad responde Gerardo: «¿Cómo podía hacerlo, si la Regla exige que no nos excusemos y que suframos en silencio?».

6. **Las monjas de Ripacándida**

Conocemos 44 cartas escritas por el Hermano Gerardo. Los destinatarios de esa correspondencia son casi todos conocidos, pero el conjunto más amplio del epistolario está dirigido a las religiosas del monasterio carmelitano de Ripacándida: 16 a sor María de Jesús, superiora hasta 1753; 7 a sor Micaela de san Francisco Javier, que le sucede en el cargo; 5 a otras dos hermanas: Bautista de la Santísima Trinidad y María Celeste del Espíritu Santo.

«El lugar preferido de Gerardo, así se expresa su primer biógrafo, era el monasterio de las [carmelitas] teresianas de Ripacándida y sus almas favoritas eran, desde luego, aquellas religiosas tan ejemplares con las cuales tenía una especialísima amistad. Y casi nunca faltaba semana en la cual Gerardo no les escribiese algún mensaje espiritual o no lo recibiera de ellas, encendiéndose y estimulándose recíprocamente en el amor de Dios y en la adquisición de la más heroica santidad».

De fundación reciente, el monasterio vivía en pleno fervor. Significativa la afirmación de san Alfonso sobre este monasterio femenino: «Jamás hubiera creído encontrar un clavel como éste, sobre ese peñasco».

El encuentro con estas religiosas, sobre todo con sor María de Jesús, es para Gerardo de gran intensidad espiritual. Con ella hará un convenio particular de comunión y de oración, que en las cartas menciona como ‘pacto de santa fe'.

Carta a la madre María de Jesús (1752):

*Jesús + María.*

*La gracia del Divino Amor sea eternamente en el alma de su reverencia. Amen.*

*¡Oh Dios, qué suma alegría interior he tenido hoy al haber recibido su mensaje, tan deseado por mí! Porque le hablo con verdad delante de Dios, digo que este deseo no viene de mi querer sino del Altísimo, que me hace siempre pedir auxilio a los otros, porque yo solo no puedo. Aunque su divina voluntad quiere que yo camine bajo agua y bajo viento. Y en tal camino quiere y yo quiero. Por eso, que se haga siempre y perfectamente su divino querer y que Dios me haga digno.*

*Entretanto yo me consuelo de que su reverencia y todas sus hijas estén tan fuertemente interesadas por mí a los pies de la Majestad Divina. Y yo ciertamente espero y deseo que Dios les pague abundantemente de mi parte. Porque mi único jefe Jesucristo me ha dado toda su infinita bondad, la cual he ofrecido a su Eterno Padre. Y repito, quiero que con la misma bondad dada a mí por su Hijo pague a ustedes doblemente y con gloria sin fin para toda la eternidad.*

*No se maravillen si les escribo con tanto cariño, siendo la única razón el que las estimo como verdaderas esposas de Jesucristo, y por eso me mueve el afecto de conversar continuamente con ustedes. Pero la única razón, que me toca al vivo del corazón, es que todas ustedes esposas me recuerdan y representan la Madre de Dios. Yo en tal condición las estimo. Y no sé si... Dios no quiera que haya alguna que piensa diversamente. Por eso quiero que, como testimonio, se lea en común esta mi carta.*

*Además, mi queridísima hermana en Cristo, le agradezco grandemente por la copia de la estatuilla de santa Teresa que me mandó y que yo tanto esperaba…*

*Mientras les escribo otra vez, les ruego que me digan cuánto han avanzado en los caminos de la santa perfección, para suma confusión mía.*

*De las tres cartas que me mandó, no he recibido ni la segunda ni la tercera: signo claro de que el divino querer no ha querido. Hágase su voluntad, para que nos mantengamos en el corazón de Jesús y de la Virgen María.*

*Melfi, hoy 16 de abril de 1752.*

*De vuestra reverencia, indignísimo siervo y hermano en Cristo,*

*Gerardo Mayela del SS. Redentor*

Un año más tarde escribe a la nueva superiora del monasterio, para hacerle entender cual es su modo de proceder con respecto a las vocaciones y a las dotes que consigue:

Carta a Sor Micaela de san Francisco Javier.

*Jesús + María*

*Mi Madre Priora:*

*En cuanto a las dificultades que hay para recibir a la hermana de sor María Josefina, me dice usted que me contente con la voluntad de Dios. ¡Sí Señor, quítame ésta y después vea qué queda en mí, sí!*

*Y de los dineros que están en mi poder, que me he procurado con amigos, me dice que los quiere en depósito; que si no logra hacerse monja, le servirían para casarla.*

*Madre mía, ¿qué dice? Esto ni yo ni ningún otro lo puede hacer; sería lo mismo que perjudicar nuestra congregación [redentorista], porque a quienes he solicitado ayuda se la he pedido con el compromiso y el fin de hacerla religiosa y no para casarla. Y si no lo logra, ese dinero se debe restituir a quienes pertenece.*

*Pero espero en Dios que no sea así, porque aquí estamos tratando de colocarla en el monasterio de Foggia, que allí se necesitarían menos dineros y seguramente podría resultar. Aunque son niñas de clase media, viven de la divina Providencia, dicen el oficio de la Virgen y están todas sin distinción entre ellas.*

*¡Oh! Dios mío, quisiera tener aquí a esa muchacha, para hablarle con suma sinceridad. Y quisiera que me expresara sus deseos. ¡Así -pronto, pronto- se hacen bien las cosas!... Y si viniera aquí, no se comente a qué casa viene, porque si se supiera sería procurarme una crítica. En cuanto a gastos de cabalgadura, que la tome, que aquí pagaré todo.*

*Viva Dios, amen a Dios.*

*De su reverencia, indignísimo siervo verdadero,*

*Gerardo Mayela del SS. Redentor.*

7. **El arte de animar la comunidad**

La misma religiosa Sor Micaela, nueva superiora en Ripacándida, le ha escrito a Gerardo para pedirle algunas instrucciones sobre su oficio frente a la comunidad, en la que la mayoría de las religiosas son jóvenes y llenas de santo amor a Dios. Gerardo le responde así, a mediados de 1753:

*Madre Priora mía:*

*Sea indulgente conmigo, por amor a Jesucristo y a María Santísima, si no le he servido inmediatamente para mandarle este reglamento solicitado por su reverencia, porque he estado continuamente ocupado en mi acostumbrada pereza. Sea hecha la divina voluntad. Y ahora que le escribo con prisa, discúlpeme, por caridad.*

*Lo primero: la madre priora, que está en lugar de Dios, ha de realizar su oficio con suma rectitud, si quiere complacer al supremo Señor a quien representa.*

*Esté llena de infinita prudencia. En todas sus cosas se debe guiar con el espíritu de Jesucristo.*

*Debe estar llena de finas virtudes y buenos ejemplos y no dar a sus hijas el mínimo motivo de escándalo. Debe ser un vaso puro lleno de santas virtudes, y que de él salgan todas las virtudes para así comunicarlas a sus hijas. De ese modo crecen todas con las mismas virtudes de la madre.*

*Quien es superiora debe mirar continuamente su indignidad, considerando que no puede hacer otra cosa que errores. Que en el oficio en el que se encuentra la ha colocado Dios en su bondad, porque hay tantas otras que podrían hacerlo mejor y darle mayor gusto. Debe, por lo tanto, humillarse, considerando sus imperfecciones y comprender los defectos de las otras.*

*Ha de desempeñar su oficio toda llena de amor a Dios y no con fastidio, como si fuera cosa que no viene de Dios; pensar que Dios se lo ha preparado desde la eternidad. Por eso debe ejercerlo con suma perfección angélica y conformarse en todo al divino querer. Y estar en el cargo con indiferencia, sin apegarse.*

*En los asuntos que la dejen confusa, es decir, no sabe cómo resolver o cómo regularse en tal o cual cosa, se debe aconsejar con una persona iluminada por Dios. Concluido el caso, debe poner ante los ojos sólo la gloria divina y ejecutarlo sin más preocupaciones. Y por Dios se debe arriesgar la sangre y la propia vida, porque es la causa de Dios.*

*Por amor del mismo Dios debe despreciar, especialmente, la estima personal, como si no la tuviese. Sólo debe considerar que es superiora y decir: Dios me quiere en este estado y, por tanto, debo hacer en todo su voluntad. Debo cuidar de todas. Debo servir a todas. Debo aconsejar y enseñar a todas. Debo consolar a todas y debo satisfacer a todas. Debo dar siempre las cosas mejores a las demás y servirme siempre de lo peor, para dar gusto a Dios. Y, finalmente, debo sufrir en todo, para gozar la santa imitación de mi querido esposo Jesucristo.*

*El pensamiento de la superiora ha de ser una continua rueda, que gira pensando en las necesidades de sus hijas. Debe amar puramente en Dios a todas, sin ninguna distinción. Ha de pensar que sus hijas no pueden procurarse lo que necesitan, sino [que] se lo da la santa obediencia. Por lo cual no debe preocuparse de sí misma, sino que todo su pensamiento ha de estar ocupado en sus hijas. Cuando el monasterio reciba comida, vestido o cualquier otra cosa, no lo debe tomar si antes no ha contentado a las otras hermanas.*

*Debe dar confianza a todas, sobre todo cuando ve que alguna no tiene con ella toda la confianza. Entonces debe usar toda la fuerza y toda la prudencia para ganarse el corazón, acogiéndola con bondad, aunque no lo sienta internamente. Y debe hacerse toda la fuerza a fin de vencerse a sí misma, por amor de Dios. Si no hace así, demostrándole familiaridad de madre, ciertamente hace crecer la distancia hacia su hija; y ella, viéndose despreciada, se puede dar a la desesperación o, al menos, no avanzar en el amor de Dios, porque continuamente tendrá en el corazón aquella espina. Esto es frecuente entre las mujeres.*

*En la superiora se exige fortaleza y dulzura. Puesta como representante de Dios, se debe hacer obedecer y debe castigar a las desobedientes que no quieren escuchar la voluntad de Dios; pero castigarlas con prudencia.*

*La corrección se inicia con la dulzura. Con esto le queda una cierta tranquilidad, que ayuda a reconocer el error. Por ejemplo, la corrección se debe hacer de esta manera: «No vas bien y tu indignidad no se puede soportar más por mí y por tantas almas buenas que te conocen. Dios mío, qué puedo hacer con esta alma imperfecta. Hija mía ¿no ves que con tu mal ejemplo eres causa de escándalo entre tantas almas santas? Mejor te hubieras quedado en el mundo y no haber venido a ocupar este lugar, donde habría venido alguna otra que ahora se hubiera hecho santa. Te digo esto y te lo debo decir porque soy tu madre. Dios sabe cuánto te amo y te quiero y cuánto deseo tu santidad. Hija mía, decídete a hacerte santa y promete a Dios que quieres quitar estas imperfecciones. Haz así y ve en qué te puedo ayudar y ven [a hablar] conmigo con confianza de hija».*

*Yo soy del parecer que, cuando la corrección se hace de esta manera, la hija recurre a la madre, y la madre, demostrándole confianza, puede desengañarla y hacerla caminar por la verdadera vía de la perfección.*

*Se hace más bien con la dulzura, cuando conviene, que con la aspereza. La intransigencia trae consigo disturbios, tentaciones, oscuridad y desaliento. La dulzura trae paz y tranquilidad y anima a las hijas a amar a Dios.*

*Si todas las superioras obraran de esta manera, todas las súbditas serían santas. Porque se falta a la prudencia, por eso existen tantos problemas en algunas casas religiosas. Donde hay disturbios está el demonio y no está Dios.*

*Gerardo del Santísimo Redentor.*

8. **La belleza de la vocación religiosa**

Entre las últimas cartas de Gerardo, ya muy golpeado por la enfermedad, encontramos algunas que son un fiel reflejo de su interés por acompañar espiritualmente a las jóvenes que están haciendo el discernimiento vocacional. Les habla con ternura de amigo y con seriedad de padre, para hacerles comprender que las opciones fundamentales de la vida hay que tomarlas desde el horizonte justo: ante Dios y la felicidad eterna.

Así escribe a la novicia María Celeste del Espíritu Santo:

*Hermana mía en Jesucristo:*

*Le digo de parte de mi Dios querido que se ponga en una sólida y santa paz, porque esas tentaciones son obra del demonio para echarla de ese lugar santo. Hija mía, esté atenta, porque el inicuo engañador está lleno de envidia y trampas; y le disgusta si usted permanece ahí, queriéndole impedir la santidad. Todos fuimos tentados sobre la vocación. Es Dios quien permite la tentación para ver nuestra fidelidad. Por eso, permanezca alegre y ofrézcase siempre a Dios sin reserva alguna, que Él la ayudará.*

*¿Cómo es posible que su caridad se quiera olvidar de las bellas resoluciones, que tantas veces ha hecho, para ofrecerse y querer ser la esposa de Jesucristo? Si entonces lo deseaba ¿ahora por qué lo quiere rechazar?*

*Hermana mía ¿quién podrá darle la paz, sino Dios? ¿Cuándo el mundo ha saciado el corazón humano, aunque sea de princesa, de reina o de emperatriz? No se ha escuchado aún, no se ha leído en ningún libro. Sólo sabemos que el mundo siembra espinas y tribulaciones en sus corazones y, cuanto más eran ricas, honradas y estimadas, con una vida toda llena de satisfacciones, otro tanto sufrían internamente.*

*¿Qué quiere que diga? Quisiera hacerla hablar con la persona más alegre del mundo, para ver si es auténtico lo que aparece en su exterior. Pero créame que yo tengo ya experiencia: ¡qué fea cosa es vivir en el mundo! Dios la libre, hermana mía. Dios la quiere bien y por esto ha permitido que fuera tentada, para comprobar su fidelidad.*

*Por lo tanto ¡alegría y grande ánimo! Venza, venza toda tentación con la generosidad, declarándose siempre esposa de nuestro grandísimo Señor Jesucristo. Ser esposa de Jesucristo es hermoso. En Él se encuentra toda la felicidad, toda la paz, todo el bien. ¡De qué sirven las breves apariencias del mundo, en comparación con esa celestial y eterna beatitud que goza en el cielo quien se ha consagrado a Jesucristo!*

*No digo que quienes están en el mundo no puedan salvarse; pero digo que están en continuo peligro de perderse. Y no pueden hacerse santos con tanta facilidad como en el convento.*

*Considere, le ruego, la brevedad del mundo y la duración de la eternidad. Piense que todo se acaba. Se termina todo para quien vive en el mundo: como si nunca hubiera estado en el mundo. En consecuencia ¿de qué sirve apoyarse sobre lo que no puede sostenernos? De ahí que todas esas cosas, que no nos llevan a Dios, todas son vanidad y no nos pueden servir para la eternidad. Pobre aquella persona que confía en el mundo y no en Dios.*

*Le ruego, hermana mía, que vaya un momento al cementerio, donde están sepultados los restos de tantas santas religiosas de ese monasterio. Reflexione sobre lo que se encontraría si hubieran sido gente importante del mundo. ¡Oh, cuánto les ha ayudado el haber vivido pobres, mortificadas, despreciadas y encerradas en este pequeño convento! Cuánta paz no habrán tenido en el momento de la muerte, viéndose morir en la casa de Dios. Todos quisieran ser santos al momento de la muerte, pero entonces no se puede: sólo lo que se ha hecho por Dios en vida, sólo eso cuenta.*

*Si la tempestad no ha pasado, tengo mucha fe y mucha esperanza en la Santísima Trinidad y en mamá María de que su caridad ha de hacerse santa ahí donde está. No me haga pasar por mentiroso. Aplaste la cabeza a la gran bestia infernal que pretende echarla fuera de ese santo lugar. Despréciela: dígale que es esposa de Jesucristo, para que tiemble. Esté alegre, ame de corazón a Dios, entréguese generosamente a Él siempre y haga que el demonio reviente y muera.*

*Rece por mí, que yo lo haré por usted.*

Algunos meses después le escribirá a la misma hermana:

*Querida hermana, recordé que desde el año pasado su reverencia quería un librito de canciones; no se lo he mandado porque no he vuelto [a la capital]; esperé la oportunidad. Ahora que me encuentro nuevamente en Nápoles, me acordé. Aquí lo tiene, se lo envío. Cante en su celda, para llegar a ser una gran santa y ruegue siempre a Dios por mí.*

Entre las familias amigas de Gerardo la familia Salvatore ocupaba un puesto especial. Allí encontró a la joven Isabel, que deseaba hacerse religiosa. Gerardo, a pesar de sus dolencias (morirá un mes después) le escribe para recordarle lo que ya le ha dicho de viva voz: ‘Qué bello es ser totalmente de Dios’.

*Jesús y María.*

*Bendita sea nuestra Santísima Trinidad y nuestra querida y bendita madre María.*

*Mi queridísima hermana en Jesucristo:*

*Dios sabe cómo me encuentro. Sin embargo, mi Señor permite que le escriba de propio puño: puede entender entonces cuánto la ama Dios. Pero cuánto más la amará, si hace todo aquello que le he recomendado.*

*Mi querida hija, no se puede imaginar cuánto la amo en Dios y cuánto deseo su salvación, porque Dios bendito quiso que tuviera una atención particular con usted. Mas sepa, bendita hija, que mi afecto está purificado de cualquier ardor mundano. Es un afecto divinizado en Dios. Le repito, entonces, que la amo en Dios y no fuera de Dios. Y si mi afecto saliera sólo un poco fuera de Dios, sería un tizón del infierno.*

*Y así como la amo, amo a todas las criaturas que aman a Dios. Y si supiera que una persona me ama fuera de Dios, la maldeciría de parte de mi Señor, porque nuestro afecto debe ser purificado al amar cada cosa en Dios y no fuera de Él.*

*Pero vengamos a lo nuestro. Ya ve cuánto me he alargado. Porque le digo que si hace lo que le insistí, dará un continuo consuelo a mi Dios y también a mí.*

*Hija mía, basta amar sólo a Dios y nada más. Por lo tanto, le ruego que se despoje de todas las pasiones y apegos mundanos y que se una y abrace toda con Dios.*

*¡Ánimo, hija bendita, el último paso para ser toda de Dios! ¡Qué bello es ser totalmente de Dios! Bien lo saben las personas que lo han vivido. Experiméntelo también usted y después me cuenta. ¿De qué sirve amar el mundo, sino para encontrar continuamente tribulaciones y amarguras?*

*¡Adelante! No busque otra cosa. De ahora en adelante su corazón ha de ser todo de Dios; en él no debe habitar otro, sino sólo Dios. Y cuando vea que quiere entrar alguna pasión u otra cosa que no sea Dios, diga interiormente: «mi corazón está comprometido; Dios, mi amado, se ha adueñado de él. Por eso no hay lugar para otros que no sean mi Dios. Así que esfúmense, desaparezcan todos ustedes que no son mi Dios, mi divino esposo».*

*La esposa debe ser celosa de su divino esposo. Por esto continuamente, en todas sus acciones, tiene que evitar con mucha atención cualquier vana apariencia. Ha de custodiar su corazón, que debe llamarse: templo de Dios, casa de Dios, habitación de Dios. Así se llaman los corazones consagrados a nuestro Dios querido.*

*Indignísimo siervo y hermano en Cristo,*

*Gerardo Mayela del SS. Redentor.*

9. **Conclusión**

Así es el Hermano Gerardo Mayela. Apasionado de una vocación que le costó lágrimas y desapego de su familia, celoso del honor de Dios y del cumplimiento fiel de su voluntad, mortificado y austero pero espontáneo en el trato con los demás, tierno con las mujeres a las que mira con los ojos de Dios, cercano al pueblo humilde con el que se identifica, celoso para colaborar en la pastoral vocacional, defensor de la vida desde el seno de las madres, místico en la vida cotidiana y carismático de la acción misionera. La Iglesia, al canonizar a Gerardo Mayela, no ha dudado en canonizar los frutos que puede dar la vocación a la vida religiosa cuando es vivida en plena intensidad.

Noel Londoño, CSsR.

01 de octubre de 2012

Alguna bibliografía

Giustino D'Addezio, “Gerardo Mayela, santo del pueblo”.Angelomichele de Spirito, “San Gerardo y la religiosidad popular de su tiempo”.Gabriele De Rosa, “Religiosidad penitencial de Gerardo Mayela”.Sabatino Majorano (ed.), “Cartas y otros escritos de san Gerardo”.

Que son capítulos del libro:

*Los escritos y la espiritualidad de san Gerardo Mayela*, Ediciones Scala, Bogotá 1994.